

JESUCRISTO COMO RELATIVIZACIÓN DE LA IDENTIDAD ÉTNICA



Carmen Bernabé

Dos de las claves que daban identidad a las personas en el mundo donde nació el cristianismo eran la etnia y la religión. Ambas estaban muy relacionadas y se reforzaban mutuamente. El cristianismo, basándose en Jesucristo, rompe con estas claves y ofrece otras donde lo importante no es la sangre ni la tribu, sino la opción voluntaria de querer pertenecer a la comunidad. La consecuencia fue la formación de comunidades mestizas, donde se relativizaba la identidad que hasta entonces habían otorgado la familia y la etnia. La Carta a los Efesios desarrolla esta idea desde la perspectiva de la vida ciudadana y su organización.

1. El mundo mediterráneo del siglo I y sus claves comunitarias de pertenencia

EXISTEN varias claves comunitarias de pertenencia que conforman la identidad de los individuos: la étnica, la religiosa, la lingüística..., que modelan el horizonte de sentido y el imaginario colectivo de un grupo. Y se hace mediante prácticas cotidianas en estos ámbitos.

El cristianismo de los dos primeros siglos se expande y desarrolla sobre todo en el ámbito urbano del Mediterráneo, donde las claves comunitarias de pertenencia más decisivas eran la étnica y la religiosa. El primero hacía alusión a la ligadura con los antepasados e identificaba a quienes compartían una misma sangre y origen; el segundo se refería a las tradiciones culturales, en concreto a la religión, unida al anterior, al que servía de legitimación. Estas dos claves de pertenencia se plasmaban geo-



gráficamente en la ordenación del espacio físico, configurando de esa forma el territorio en ciudades y sus territorios. El cristianismo, al desarrollar la dinámica inclusiva puesta en marcha por Jesús de Nazaret, llegó a alterar la comprensión e importancia de estas claves comunitarias de pertenencia desde las que se construía la identidad, y lo hizo aportando un horizonte de sentido identitario que se caracterizaba por el mestizaje y la voluntariedad, y que sería utilizado posteriormente por el Imperio para conformar el nuevo espacio geográfico que se iba formando como fruto de las conquistas, y que necesitaba una nueva ordenación. Ésta se abordó mediante el establecimiento de una nueva identidad colectiva en consonancia con la realidad plural del enorme espacio físico que pasó a controlar el Imperio romano.

2. Identidad y religión étnica en el mundo antiguo

EN el mundo antiguo, las dimensiones identitarias étnica y religiosa estaban indisolublemente unidas. La religión no era un asunto individual, sino familiar y político, los dos ámbitos formales de relación de los cuales recibían su identidad las personas. La religión cívica era una dimensión comunitaria relacionada con los orígenes étnicos del grupo.

a) Identidad étnica

La importancia del vínculo de sangre o étnico era muy fuerte para dar identidad y derechos. Por ejemplo, toda ciudad se pensaba fundada, siguiendo las directrices de sus dioses, por unos antepasados de los que descendían los ciudadanos. Ellos les daban la identidad étnica y los derechos ciudadanos que conllevaba. Siguiendo el modelo familiar, la ciudad o el pueblo era la casa familiar de quienes tenían unos mismos antepasados, los funda-

dores de la ciudad o pueblo, y estaba formada a su vez por casas familiares. Sólo los que podían acreditar esa relación de sangre con los antepasados eran acreedores de derechos.

Prueba de que esta forma identitaria no era algo meramente biológico, sino un constructo social, era que existían formas de entrar en la línea de la descendencia de los ancestros: la adopción. Mientras algunos hijos naturales no eran reconocidos como pertenecientes a la familia, algunos no naturales lo eran en virtud de la adopción.

La importancia del factor étnico en la composición y la vida de las ciudades era enorme. Por ejemplo, cuando Seleuco I fundó Antioquía de Siria (300 a. C.), la ciudad fue dividida en dos secciones —una para los sirios y otra para los griegos—, y el rey hizo separar ambas secciones con un muro. En las ciudades, estos muros eran habituales; sus puertas se cerraban por la noche y diferenciaban secciones y barrios de la ciudad que se formaban por clases sociales o por procedencia étnica. La agrupación por esta última causa era algo habitual, tanto que, cuando alguien llegaba a una ciudad, lo primero que hacía era buscar el barrio de sus compatriotas. La misma Antioquía, bajo el dominio romano, parece que llegó a tener hasta 18 barrios étnicos. Y lo mismo pasaba en Roma. Estos barrios solían tener sus propios lugares de culto, pues también los dioses —como veremos— eran étnicos. Cuando alguno de estos cultos étnicos mostraba una capacidad benéfica para la ciudad, pasaba a ocupar un lugar entre los cultos y los dioses propios de la ciudad, y se les hacía un lugar de culto en la zona dedicada a los templos y edificios públicos.

b) Religión étnica

La religión era otra dimensión fundamental en la construcción de la identidad, y en concreto de la identidad

étnica. Antepasados y ciertos dioses estaban indisolublemente unidos. Eran los dioses de los antepasados los que seguían posibilitando la existencia de la ciudad o pueblo, los que seguían legitimando su orden y a los que se seguía dando culto como forma de mantener perpetuamente la existencia del grupo y del espacio geográfico que éste ocupaba, es decir, de mantener su fundación como comunidad y como territorio.

El culto familiar a los antepasados y a los dioses familiares, así como el culto ciudadano a los dioses de la ciudad, con sus ceremonias y ritos, eran las prácticas cotidianas que formaban el imaginario social y el horizonte de sentido desde el que se construía la identidad grupal y colectiva (los significados y valores comunitarios desde los que se interpretaba la realidad, es decir, desde donde se ponía orden en el mundo social, y se dictaba lo que era normal o anormal). Una identidad que tenía como criterio fundamental las referencias étnica y religiosa estrechamente unidas.

La participación en la ceremonia del sacrificio ciudadano a los dioses de la ciudad subrayaba y validaba la pertenencia y el estatus de ciudadano, a la vez que mantenía el sentimiento de pertenencia y el orgullo étnico en cuanto descendientes de los fundadores de la ciudad o de los que dieron comienzo al grupo, a la vez que reforzaba la percepción de diferencia frente a los otros, los extranjeros, aquellos que no estaban unidos por la pertenencia a un mismo origen étnico, lo cual les excluía de los plenos derechos de que gozaban los primeros. Y así como el fuego y el altar doméstico era el lugar donde se plasmaba la continuidad con los antepasados familiares, el fuego perpetuo que brillaba en el altar ciudadano era el corazón, el centro vital donde se situaba la piedra angular, el fundamento de la ciudad, que visualizaba la unión y continuidad con el origen y los antepasados. Sólo los que podían acreditar descender de los antepasados podían participar en semejantes ceremonias y gozar de los derechos ciudadanos.

La religión doméstica y cívica no era un asunto interior e individual sino expresiones religiosas del sentimiento de pertenencia a un grupo familiar o local (tribal), en estrecha conexión con los antepasados, sus dioses, y el territorio que habitaban, es decir, con el espacio físico configurado y ordenado por ese mundo referencial y simbólico.

Por su parte, los “extranjeros residentes” que habitaban en los diferentes barrios étnicos de las grandes ciudades, y que no eran ciudadanos no gozaban de los derechos y deberes que otorgaba la ciudadanía, tenían sus propios cultos traídos de sus países. Uno de estos grupos eran los judíos. Su religión monoteísta y su moral atraían a muchos ciudadanos; sin embargo, el carácter étnico de su religión era una barrera que aquéllos debían salvar. Aunque no era imposible hacerlo, pues podía haber nacimientos rituales al judaísmo —mediante la circuncisión y la observancia de la Ley—, siempre permanecía la diferencia entre unos y otros.

3. El cristianismo como superación de la religión familiar y de la religión política

DESPUÉS del Destierro, como se ha visto en el trabajo de E. Estévez, el judaísmo había establecido su identidad bajo unos criterios que acentuaban la diferencia y la separación entre el “nosotros”, el pueblo elegido por Yahveh para habitar la tierra prometida a los patriarcas, y el “ellos”, los que no pertenecían a ese pueblo; sin olvidar que siempre hubo grupos que expresaron su protesta y propusieron otros criterios identitarios más abiertos a la pluralidad, la solidaridad, las diferencias, incluso al mestizaje (Rut, Jonás).

Sin embargo, el cristianismo, desarrollando las potencialidades del comportamiento inclusivo de Jesús, saltó la barrera étnica y se abrió a los gentiles, en una dinámica que incluía y acogía a los “otros” étnicamente diferentes, hasta llegar a formar comunidades mestizas. Ése será el auténtico *leit motiv* de la vida de Pablo. No es que este comportamiento se diera ya plenamente desarrollado en Jesús, ni que fuera una característica de todas las líneas cristianas primitivas, pero sí fue la característica de aquella línea que llegaría a ser la mayoritaria, “el cristianismo proto-católico”, que acabaría definiendo el cristianismo al que algunos llamaron “la tercera raza”, como se verá en el artículo de Fernando Rivas (página 49).

El cristianismo no era una religión cívica ni familiar, porque desbordaba los esquemas de ambas. Su pretensión no era el bienestar de una ciudad ni el de una familia, sino la salvación de los individuos en comunidad, más allá de barreras étnicas o de sangre. Pues aunque al comienzo se adoptara la casa familiar como estructura base, se hizo como algo meramente funcional y posibilitante de la misión. Las comunidades estaban abiertas a la inclusión de miembros que no pertenecían a la casa familiar por sangre o por antepasados. Y en una iglesia local podían existir iglesias domésticas diversas en su origen étnico, y todas ellas formaban por igual la comunidad local.

Tampoco el beneficio de la ciudad era el objetivo fundamental del cristianismo. En el seno de sus comunidades había miembros que no eran ciudadanos —sujetos de derechos y deberes cívicos— de la ciudad donde habitaban, sino que, en su mayoría —y sobre todo en los comienzos—, eran “extranjeros residentes” procedentes de diferentes lugares del Imperio y pertenecientes a diferentes grupos étnicos. Cuando entraban en la comunidad y se hacían cristianos, este imperativo de pertenencia dejaba de ser el más importante de cara a la configuración identitaria de los individuos.

Como dice Helgeland; más que el espacio era el tiempo el que definía la religión cristiana. El Dios cristiano no se circunscribía a un lugar ni necesitaba espacios especiales para que las personas pudieran entrar en relación con él. La identidad individual y comunitaria que procuraba la pertenencia al cristianismo no estaba unida ni a la sangre ni a la tribu. No es otra cosa lo que expresa la proclama bautismal que Pablo transmite a los gálatas: "Ya no hay judío ni gentil..." (Gal 3,28). Una convicción que fue el objetivo de su trabajo misionero y de su vida.

La conciencia de compartir una historia y una tradición ofrecida a todos, en la cual se encontraban fundados, identificados y reconocidos, daba a quienes la aceptaban una referencia identitaria que les llevaba a relativizar

otras identidades raciales o étnicas. Fueran de la nación que fueran, pertenecieran a la etnia que pertenecieran, el cristianismo encontraba en todos los seres humanos una cualidad que les despojaba de su estatus de extranjeros y les hacía partícipes de una historia fundacional y una identidad común. Quienes lo deseaban pasaban a pertenecer, en palabras de A. Maaluf, a una "tribu planetaria". La fe cristiana satisfacía tanto la necesidad de identidad como la de universalidad.

Es fácil ver que el mensaje cristiano, aunque desarrollado primeramente en el ámbito privado de las casas familiares, estaba llamado a tener una clara repercusión social y política. Esa capacidad de dar identidad y universalidad a la vez, fue utilizada por el Imperio para sustituir la an-



tigua religión cívico-política, que se había quedado demasiado estrecha, para las nuevas conquistas y los nuevos esquemas políticos.

4. La Carta a los Efesios y el mestizaje de las comunidades cristianas paulinas

LO que se veía en Gálatas se desarrolla en la Carta a los Efesios. En uno de sus capítulos se aborda el tema de la desaparición de las diferencias étnicas como clave configuradora de identidad, pero se aplica a la vida ciudadana, lo que permite ver las consecuencias que la desaparición de semejante clave de pertenencia podía llegar a tener. Es cierto que en ese momento no tenía efectos civiles reales, pero no se pueden despreciar las consecuencias identitarias y autovalorativas en las conciencias de quienes estaban implicados. De esa forma se fue construyendo una nueva identidad y el imaginario colectivo que conformó el horizonte de sentido y reordenó las pertenencias en una situación de crisis.

Veamos el pasaje en cuestión:

“Así que recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles (ethnê) según la carne, llamados incircuncisos por la que se llama circuncisión —por una operación practicada en la carne—, estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos (apêllotriômenoî) de la ciudadanía (politeias) de Israel y extranjeros (Xenoi) a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Más ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz (eirênê); el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro (mesotoichon) que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo (kainon anthrôpon), haciendo la paz y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, por

medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino a anunciar la paz: paz para los que estabais lejos y paz para los que estaban cerca. Pues, por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros (xenoi) ni forasteros residentes (paroikoi), sino conciudadanos (sumpolitai) de los santos y de la casa de Dios (oikeioi tou theou), edificados (epoikodomêthentes) sobre el cimiento (themeliô) de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular (akrogônianiou) Cristo mismo, en quien toda edificación (oikodomê) bien trabada se eleva hasta formar un templo santo (naon agion) en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados (sunoikodomeisthe), hasta ser morada (katoikêtêrion) de Dios en el Espíritu” (Ef 2,11-22).

Como se puede ver en esta perícopa, predominan los conceptos en torno a la casa y su mundo, y también los que aluden a la ciudad y a las formas de integración en ella. La relación e interdependencia de ambas es clara. Los términos están agrupados, por un lado, en torno al campo semántico de extranjero-extraño/diferente-enemigo, y los sentimientos de hostilidad, separación, lejanía y exclusión; y por otro lado en torno al campo semántico de ciudad-ciudadanía-ciudadano/casa familiar, edificación, y morada de Dios, y paz. En el centro de todo el periodo aparece Cristo como la conciliación y superación de esa consideración de la diferencia como inferioridad y exclusión.

El texto no pretende cambiar las circunstancias reales de inserción en una ciudad, sino de los miembros de la comunidad, que en su mayoría debían ser, con bastante probabilidad, no ciudadanos, sino extranjeros residentes. Más bien, pretende subrayar la característica identitaria que define a su comunidad, y lo hace utilizando el imaginario conocido por los habitantes de aquellas ciudades, pero cambiando los referentes. Pero al utilizar las imágenes ciudadanas —con sus formas de participación y pertenencia—, comienza su transformación al sugerir otros criterios de ordenación. Algo empieza a cambiar cuando se

ven posibilidades diferentes de realizar lo "normal". A la vez, esta forma de exponer las consecuencias de creer en Jesús y su mensaje les daba una conciencia de pertenencia y unas referencias identitarias que tuvieron que contribuir a crear un sentimiento de valía y seguridad.

Si en la ciudad un individuo se insertaba en ella mediante su pertenencia a una familia, a un linaje que le uniera con los fundadores y sus dioses, los cristianos pertenecían nada menos que a la casa familiar de Dios, creador y padre de todos, y estaban fundados en una historia común que se remontaba a los profetas y los apóstoles y culminaba en Cristo. No eran extraños, ni extranjeros, sino miembros de la casa de Dios, que se extendía por encima de cualquier otra división.

La diferencia establecida, en virtud de la sangre y la "etnia", entre "los de casa" y "los extraños" y, en una ciudad, entre los nativos y los extranjeros, se vuelve irrelevante para quienes conforman su existencia desde el mensaje cristiano. En Jesús, en su sangre, todos los seres humanos han sido hechos miembros, hijos y herederos de la casa de Dios, el Padre de todos. La separación que se establecía entre los distintos grupos sociales y sobre todo entre los distintos grupos étnicos es aludida con el símbolo del muro de separación, en alusión a la pared que separaba, como ya se ha dicho, los barrios según procedencias étnicas y sociales. También este término del muro aludía a la barrera que separaba, en el templo de Jerusalén, el lugar donde debían quedarse los gentiles de aquel otro donde los judíos debidamente purificados accedían a la presencia de su Dios.

El cristianismo critica el uso de la religión para legitimar esta separación y presenta a Jesús como la superación de estas divisiones. Para un judío, era la que se daba entre judíos/gentiles; para un griego entre griegos/bárbaros; para un romano entre romanos/extranje-

ros..., es decir, siempre entre "nosotros"/"los otros". Diferencia que era vivenciada como inferioridad y amenaza. El "otro" era inferior y, además, peligroso.

Sin embargo, para el cristianismo, la relación de parentesco con Dios, a través de Jesús, despoja a todas las personas —sea cual sea su procedencia étnica— de la cualidad de extranjero, haciéndolas una más de la casa, de la familia. Ante esta realidad se relativizan la religación con la tierra y los antepasados.

Una casa más abierta, más acogedora y más integradora de las diferencias significó un reto para la misma concepción de la ciudad y su religión política. Normalmente, la identidad excluía la universalidad. Los dioses familiares o cívicos, las tradiciones, los antepasados, todo lo que daba identidad y unidad a los ciudadanos también les hacía excluir a los extranjeros de la vida ciudadana plena, fundada en la religación con los antepasados y sus dioses mediante los lazos de sangre. Sin embargo, las comunidades del cristianismo paulino aceptaban en su seno personas de diferentes procedencias étnicas y les ofrecían una historia significativa donde sentirse imbricados, remitidos, identificados y fundados. Fueron comunidades mestizas que aportaron vigor y creatividad a aquella sociedad.

Nos ha tocado vivir un momento donde la llegada masiva de inmigrantes en busca de los mínimos vitales comienza a poner en cuestión la legitimidad de las fronteras estatales que dan acceso o cierran el disfrute de los bienes; donde los nacionalismos exacerbados —en muchos casos apoyados por una religión demasiado etnicista— han producido más muerte y destrucción que vida. Ante todo ello, parece evidente que estas ideas y estas actitudes siguen teniendo, hoy en día, una actualidad muy grande en la búsqueda de soluciones nuevas, creativas, valientes y generosas.